

el índice... Sin embargo, merecen una alusión especial aquellos capítulos que se refieren a la vida social del escritor y a la influencia que en Francia han tenido los salones literarios. Observaciones todas ellas que muy exactamente cuadrarían a nuestro ambiente literario, donde nuestros escritores llevan una vida aislada o de pequeños grupos, en que la maledicencia no es algo exótico ni extraño a sus preocupaciones. Baeza se explica la ausencia de salones literarios en España no tanto al decantado individualismo de la raza, como «a la falta de todo espíritu coloquial. «El español—dice Baeza—no parece haber llegado aún a la etapa superior del diálogo. Diríase que no pasó de la fase primaria del monólogo». Aplicada esta observación a nuestro medio, es innegable su valor de actualidad. Es frecuente ver a un «intelectual» chileno de esos que firman manifiestos contra los dictadores y que están prestos a aceptar cualquiera sinecura que ellos los ofrezcan, parado en la esquina de una calle céntrica vociferando contra todo lo existente y diciendo que él tiene la clave de la salvación nacional, y sin aceptar que se le interrumpa, en medio de un auditorio por lo general indiferente, «el intelectual» monologa, escuchándose.—*Milton Rossel.*

LO QUE ELLOS HAN VISTO EN RUSIA.

Un libro del mayor interés social.

Una obra realmente interesante es la que acaba de publicar Empresa Letras en su colección Ediciones

Extra, destinada a dar a conocer al público grandes creaciones del pensamiento humano y obras de divulgación científica o social.

Nos referimos a *Lo que ellos han visto en Rusia*, acertada selección de don Carlos De Vidts, de trozos de alta calidad, escritos por viajeros economistas e intelectuales que vivieron en Rusia.

Así tenemos capítulos de un interés superior que se deben a figuras de relieve mundial, como Bernard Shaw, el genial humorista inglés, quien nos habla, con su clásica gracia, de Rusia y adquiere un tono más serio para referir la muerte de los Zares; Henri Barbusse el novelista de *El Infierno* y luchador por los oprimidos, quien relata largas entrevistas con Máximo Gorki; César Vallejos, el joven y ardoroso comunista peruano, de estilo movido y pintoresco; Heller, ingeniero alemán que estuvo en Siberia; Paul Haensel, célebre economista al servicio de Rusia durante más de 25 años, y disgustado con los Soviets; Liam O'Flaherty, el gran novelista irlandés, etc. La selección está hecha sin pasión, matizando los diferentes aspectos de Rusia y dando a conocer tanto las alabanzas como las opiniones en contra de la U. R. S. S.

EL HOMBRE QUE ESTÁ SOLO Y ESPERA, por *Raúl Scalabrini Ortíz*.—2.^a edición.

Este libro ha tenido buena fortuna. Fué considerado por el P. E. N. Club de Buenos Aires como el mejor libro del mes (suponemos en

el que fué publicado, pues no se precisa) obteniendo también un premio municipal de literatura. Algún tiempo después alcanzaba su segunda edición. Buena fortuna, por lo demás, muy significativa, sino olvidamos que Raúl Scalabrini Ortiz está situado en la vanguardia de los actuales escritores argentinos y si también tenemos presente la calidad nada desdeñable de *El hombre que está solo y espera*, pues es frecuente que los autores llamados de vanguardia—a lo menos en Chile—sean escasamente leídos, menos premiados, ya que casi siempre los premios literarios recaen sobre obras o autores mediocres y la difusión de un libro, la mayoría de las veces, no tiene relación ninguna con su valor intrínseco. Raúl Scalabrini Ortiz, por suerte, no se halla en este caso.

En una de las primeras páginas de *El hombre que está solo y espera* (1), vienen, a manera de epigrafe, las siguientes palabras:

«¡Crear! He allí toda la magia de la vida.

Atreverse a erigir en creencias los sentimientos arraigados en cada uno, por mucho que contrarían las rutinas de creencias extintas, he allí todo el arte de la vida.»

Crear. Sin duda alguna existe la necesidad de creer, mas aun, el hombre debe creer. ¿En qué? No importa. El sentido ni el objeto de la creencia interesa, lo esencial es creer, ya sea en Dios, en el comunismo, en la ciencia, en el arte, etc. En el hombre que cree siempre hay

pasión, fervor, vehemencia y de él, sólo de él sale el individuo capaz de lo heroico, pues sin creencia no puede existir el heroísmo. Un individuo incrédulo es, además, espiritualmente incompleto porque carece de pujanza interior, de la cualidad endógena de seguridad en sí mismo, sin la cual no es posible la capacitación del individuo para mantener o exteriorizar una creencia. Existe, entonces, más dignidad, más varonía en el hombre capaz de sostener su credo, de sacrificarse por él que en el esceptico indolenté que observa sonriendo aún los problemas más fundamentales de la vida.

¿Y el nihilista? Ah, el nihilista, es un hombre tremendo y desesperado que comunica tan violento fuego a todo lo que toca, que se entrega con tal totalidad a mantener su incredulidad, que llega a conferirle a ésta la fuerza de una verdadera creencia.

Raúl Scalabrini Ortiz, como buen argentino, cree en la «argentinidad», en lo «porteño», en «el espíritu de la tierra». Nos parece sin embargo que la Argentina como nacionalidad es todavía germen, intención, aspiración—como los demás países suramericanos—para que pueda existir entre sus habitantes el «espíritu de la tierra»; sin duda más acentuado, más definido este espíritu que en las otras repúblicas, pero aun no lo bastante formidable para diferenciarlo nítidamente, para demarcar el carácter argentino, país que aun no desarrolla sus peculiaridades fundamentales, pues no existe una cultura argentina, como la rusa o la francesa, por ejemplo. Y sin una

(1) Editor, Gleizer. Buenos Aires. 2.ª edición.

cultura independiente—a pesar de la interdependencia de las culturas—no puede haber una nacionalidad ni «un espíritu de la tierra».

Además, como las repúblicas americanas carecen de independencia económica y el factor económico es uno de los que condicionan más esencialmente el carácter de una cultura, los países indoamericanos (usamos esta palabra en un simple sentido geográfico) no podrán construirla mientras no obtengan su autonomía económica. Por ahora sólo somos regiones, no nacionalidades, con muchos aspectos diferentes es verdad, pero que no alcanzan todavía a precisar el carácter indeciso de estos pueblos; aspectos que determinan diversidades de clima, flora, etc., (1) las distintas razas que han influenciado al mestizo (predominando algunas en ciertos países y otras, en otros, como se sabe). Entonces, por hoy es prematuro creer en la «argentinidad» porque esta sólo existe en estado de gestación, de formación; es prematuro creer en ella, Raúl Scalabrini Ortiz.

Pero basta de divagaciones o consideraciones. Lo cierto es que *El hombre que está solo y espera* es un libro de interés y en él advertimos aspectos muy sugerentes sobre algunas características de los argentinos que, son, seguramente, la causa del éxito de la obra: característi-

cas que, como ya dijimos, no alcanzan a definirlos como nacionalidad, a pesar que todo el libro es un canto vigoroso de exaltación a ésta. Mas, el tema, el objeto escogido, en el presente caso, no interesa que sea exacto, comprobable; sí, la forma en que ha sido desarrollado, pues *El hombre que está solo y espera* no es un libro sociológico, histórico, etc., sino sólo literario. En este sentido pretende ser no obstante una obra de sabor autóctono; una obra, de manera exclusiva, argentina. Creemos ya haber dado razones para no estimarla así.

Tal vez no esté demás recordar que Scalabrini Ortiz dice de su libro que compendia lo que ha soñado y proferido durante muchos años en las redacciones, cafés y calles de Buenos Aires.

Lo que ha soñado, ciertamente. De otra manera no se explicaría que Scalabrini Ortiz viera características en el «porteño» que pueden ser o son características individuales ingénitas, no determinadas por un estado social particular sino que pueden florecer en cualquier hombre de la tierra. En el capítulo, entre otros muchos, titulado *Un olvido del egoísmo* se comprueba lo que afirmamos. Ahí habla este escritor de la amistad, comparando la amistad del «porteño» con la del europeo. Dice:

En la amistad europea hay un pacto tácito de colaboración, un complot de conveniencias sin escapatoria ni empalmes sentimentales. En la amistad porteña hay un desprendimiento afectivo tan compacto que es casi amoroso. La amistad

(1) Wilfredo Pareto en su *Tratado de Sociología General* manifiesta que los factores que determinan una sociedad, una nacionalidad, son entre otros: el clima, suelo, la fauna, la flora, las condiciones mineralógicas, geológicas, etc. Como elemento interno, la raza y como otros elementos externos, las acciones de otras sociedades sobre determinada sociedad, etc.

européa es un intercambio. La amistad porteña es un dón: el único de esta tierra.

La amistad porteña o la china siempre será un don, desgraciadamente escaso en Buenos Aires como en cualquier otra parte del mundo, nunca la característica de un conglomerado numeroso de hombres.

Termina el referido capítulo con las siguientes palabras:

La amistad (la «porteña») no persigue remuneración alguna. Se da libremente. Un buen amigo no podría ser feliz sabiendo que sus amigos no lo son. Dos amigos forman una tertulia, un mundo completo y ficticio en que el mundo ya no es valedero. La amistad porteña es un fortín ante el cual los embates de la vida se mellan. La amistad porteña es un olvido del egoísmo humano.

La amistad «porteña» y la de cualquier parte es y ha sido un olvido del egoísmo humano. Insistir en ello sería majadería. Bástenos recordar a Aristóteles que manifestaba que dos amigos eran un alma y dos cuerpos y a Zenón de Cicio que un amigo era un otro yo.

Podríamos continuar con ejemplos parecidos donde el entusiasmo de Scalabrini Ortiz lo hace ver peculiaridades inexistentes. Lo que ha soñado, su sueño que ya quisiera verlo realizado que lo empuja apresurándolo, haciéndolo impaciente, haciéndolo ver que existe un contorno, una forma, un todo orgánico, donde no hay más que intención, aspiración, germen. Esto no impide elogiar, sin embargo, la sabrosa calidad mental, el sobriolirismo, el pen-

samiento a menudo penetrante y original, el rico lenguaje, manejado con soltura y precisión que hace en *El hombre que está solo y espera* un buen libro americano.—Arturo Troncoso.

EDUCACION

GRAMÁTICA LATINA, por el Dr. Rodolfo Oroz, profesor de Latín en la Universidad de Chile.

En los tiempos aciagos en que nos ha tocado vivir, se hace un gran hablar de reformas educacionales, de nuevos y peregrinos sistemas de educación. Y la juventud inexperta y, en más de un caso, desprovista de estudios sólidos y bien dirigidos, en su frenesí *de rerum novarum*, reniega de todo lo pasado, de todo lo antiguo, como si lo presente, el progreso, la cultura y la civilización fueran un producto espontáneo y esporádico y no un *devenir* natural y constante, fruto del esfuerzo, del estudio y del trabajo de todas las generaciones que, al través de los siglos, van sucediéndose con ritmo no interrumpido. Y con mucho filosofar a propósito y a despropósito, se han convertido en difíciles, problemas de suyo sencillos; se ha lastimosamente pervertido el fin primordial de la educación; se ha materializado la enseñanza so pretexto de hacerla más práctica, eminentemente práctica, renegando de la parte puramente intelectual, como si lo que los latinos llaman *praxis* no fuera consecuencia legítima y necesaria del desarrollo intelectual. Y en nuestro propio país, en este país en donde